

SOLEMNIDAD DEL CUERPO Y LA SANGRE DE CRISTO

El camino de la recuperación nos invita a una nueva forma de vivir, la cual está cimentada tanto en principios espirituales como en una relación real con Dios. Para quienes se ven afectados por la adicción o apegos poco sanos de un ser querido, este camino suele incluir el aprender a cuidarnos de nuevas formas, al tiempo que confiamos a los demás ante Dios. Los Doce Pasos nos guían hacia la honestidad, la entrega y el servicio, mientras que los Sacramentos ofrecen gracia, sanación y sustento. Juntos, nos recuerdan que la recuperación es algo que vivimos cada día.

Este domingo, la Iglesia celebra la Solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo. En el Evangelio, Jesús dice: *“El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él.”* Esto es una invitación a la comunión. Es un recordatorio de que no estamos hechos para llevar la vida con nuestra propia fuerza. Se nos invita a tener una relación en la que Cristo nos sustenta.

Muchos de nosotros sabemos lo que es buscar la estabilidad de otra persona. Puede ser que hayamos intentado componer, manejar o rescatar a alguien a quien amamos. Puede ser que hayamos recurrido a ellos en busca de paz, identidad o sentido de control. Con el tiempo, llegamos a ver que estos esfuerzos, aunque a menudo fundados en el amor, nos dejaron agotados y desconectados. No pudieron satisfacer la necesidad más profunda que llevamos dentro.

La Eucaristía atiende directamente esa necesidad. Jesús se ofrece como verdadero alimento. Nos invita a recibir en lugar de controlar, a confiar en lugar de gestionar. Al recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo, se nos recuerda que nuestra fortaleza proviene de Dios, no de nuestra propia capacidad para manejar la vida a nuestro alrededor.

Esta comprensión se desarrolla de forma gradual. Al inicio de la recuperación, podemos seguir sintiéndonos consumidos por

la inquietud o preocupados por las decisiones de otra persona. Incluso cuando empezamos a poner límites, esto puede resultar incómodo o desconocido. Con el tiempo, algo comienza a cambiar. Empezamos a reconocer que Dios está presente en nuestras vidas, no solo en la vida de quienes amamos. Comenzamos a confiar en que Él está atento a ellos, incluso cuando nosotros no podemos. Practicar los Doce Pasos contribuye a este cambio. El Paso Uno nos invita a admitir que somos impotentes ante el comportamiento de otra persona. El Paso Dos nos abre a la posibilidad de que Dios pueda restaurarnos. El Paso Tres nos llama a entregar nuestra voluntad y nuestras vidas a Su cuidado. De igual manera, la Eucaristía se convierte en un lugar donde recibimos la fortaleza para vivir esa entrega.

San Mark Ji Tianxiang da un testimonio poderoso para aquellos que aman a un ser que batalla contra la adicción. Durante muchos años luchó contra la adicción al opio y por no poder superarla, se le negó el acceso a los Sacramentos. Su familia y comunidad cargaron con él el peso de esa lucha. Aun así, continuó asistiendo fielmente a Misa y permaneció devoto a Cristo.

Al final, murió como mártir, proclamando su fe. Su historia nos recuerda que el amor no depende del éxito visible ni del cambio inmediato. Dios ve el corazón, tanto de quien lucha como de quienes permanecen presentes con amor. La fidelidad, la paciencia y el deseo de permanecer cerca de Dios son fundamentales.

La recuperación nos enseña que el progreso en muchas ocasiones es imperfecto. Puede ser que regresemos a los viejos patrones de control o temor. Lo que importa es nuestra disposición a volver. La Eucaristía se convierte en un lugar donde llevamos nuestras cargas, nuestros miedos y nuestro deseo de confiar de forma más profunda.

Al recibir a Cristo, también nos unimos como un solo cuerpo. Se nos recuerda que no estamos solos. La comunidad en la que

experimentamos la recuperación refleja esta unión y nos ayuda a mantenernos firmes en la fe.

La Solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo nos recuerda que la sanación no se alimenta solo de nuestro esfuerzo. Necesitamos alimento espiritual. Necesitamos la gracia. A medida que continuamos este camino, se nos invita a acercarnos al altar con humildad y apertura, confiando en que Cristo está presente y fortaleciéndonos para poder vivir con mayor paz y libertad.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Cuándo has buscado la paz, la estabilidad o el control en otra persona, y cuál fue el resultado?
- ¿De qué manera estás aprendiendo a recibir la fortaleza de parte de Dios en lugar de depender de tus propios esfuerzos?
- ¿Qué te ayuda a volver a confiar, aun cuando el miedo o el control empiezan a resurgir?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Deuteronomio 8:2-3, 14b-16a

SAL. RESP. Salmo 147:12-13, 14-15, 19-20

SEGUNDA LECTURA 1 Corintios 10:16-17

EVANGELIO Juan 6:51-58